

La extinción de la izquierda en México

por **Roger Bartra**

Tras el triunfo de López Obrador en 2018, el populismo ha terminado por destruir a la izquierda mexicana, en su afán por restaurar el autoritarismo. El carácter reaccionario de su sucesora, Claudia Sheinbaum, hace pensar que no habrá marcha atrás en ese proyecto, al menos en el corto plazo. Ante este panorama desolador cabe preguntarse: ¿qué sucedió con la izquierda en el país?

El inicio de la extinción de la izquierda en México se puede fechar con precisión: el 2 de julio de 2006, cuando Andrés Manuel López Obrador perdió las elecciones presidenciales por un estrecho margen. Su programa ya tenía visos reaccionarios y lo defendió de manera muy agresiva. Ni la izquierda radical (el EZLN), ni Cuauhtémoc Cárdenas, ni la socialdemocracia (Patricia Mercado) lo apoyaron, pues él los rechazó. En aquella época, hace casi veinte años, publiqué un ensayo titulado "La izquierda, ¿en peligro de extinción?" (2007). Allí defendí la idea de que el desarrollo industrial y la generación de riqueza, que son las bases indispensables para el impulso de la igualdad, tienen como motor principal la expansión de una cultura democrática moderna. Afirmé que ante estos retos la izquierda debería ser capaz de gobernar la economía de mercado con eficiencia y al mismo tiempo impulsar una cultura laica, moderna y civil. Advertí que si no lograba ese perfil la izquierda se vería amenazada por la extinción. Ya en aquella época comenzaba a ser dudoso que el partido de López Obrador, el PRD, fuera de izquierda. Y era evidente que en ese partido no estaba presente con fuerza una cultura reformista capaz de navegar en las nuevas aguas de la economía capitalista, orientándose hacia la expansión de la democracia y la producción de riqueza para impulsar la igualdad.

La desaparición de la izquierda

Hoy, casi veinte años después, podemos ver que la izquierda ha desaparecido prácticamente del panorama político mexicano. Paradójicamente, el triunfo de López Obrador en 2018 fue la señal de que el populismo había logrado

destruir a la izquierda y que se iniciaba un intento de restauración autoritaria de derecha. Esta situación la analicé en mi libro *Regreso a la jaula* de 2021. Sin embargo, el obradorismo ha logrado generar la ilusión, en unos, y el temor, en otros, de que lo que se inició con la llamada Cuarta Transformación (4T) fue un régimen de izquierda. Ello ha provocado una gran confusión. Los críticos suelen estar de acuerdo en que estamos ante un fenómeno autoritario. ¿Pero es un autoritarismo de derecha o de izquierda? Si se trata de un autoritarismo de izquierda, la idea de que esa corriente se ha extinguido está equivocada. No solo no estaría ausente: estaría en el poder.

Yo insistiré en mi idea de que la izquierda está en un avanzado proceso de extinción y que no hay mucha esperanza de que a corto plazo esta decadencia se detenga. Y de que el gobierno que encabeza Claudia Sheinbaum tiene, al igual que el de AMLO, un carácter reaccionario y de derecha. Ante este panorama desolador cabe preguntarse: ¿qué sucedió en la izquierda mexicana?

A escala mundial durante el siglo XX la izquierda ha tenido dos grandes expresiones históricas: el comunismo y la socialdemocracia; una radical y revolucionaria, la otra reformista y democrática. Paralelamente surgieron formas marginales de progresismo en diversos lugares que también se han expresado en dos vertientes: el populismo y el ultraizquierdismo. En México las dos grandes formas de la izquierda han tenido una presencia escasa. El comunismo mexicano tuvo diversas expresiones muy significativas pero no se expandió en forma poderosa. La socialdemocracia prácticamente ha estado ausente del escenario. Por su lado, el populismo encarnó dentro del régimen nacionalista de manera destacada en la corriente cardenista. Y el ultraizquierdismo tuvo momentos espectaculares en los movimientos guerrilleros, muy especialmente con el levantamiento del EZLN.

Hoy en día apenas quedan restos del comunismo y de la socialdemocracia y solo han sobrevivido marginalmente algunas expresiones de la extrema izquierda, de forma más bien simbólica. En contraste, el populismo cardenista se separó del PRI, se alió a la corriente más importante de la izquierda de origen comunista (el PSUM) y creció de manera impetuosa en la medida en que fue transformándose en una corriente reaccionaria. Después de la desaparición del bloque socialista y de la caída del Muro de Berlín la izquierda comenzó a sufrir un proceso de sustitución de las ideas por los sentimientos. El fracaso y la desaparición de los países comunistas debilitó el ideario de la izquierda (y muy especialmente al marxismo), a tal punto que fue incapaz de entender las razones del derrumbe del socialismo y de comprender las nuevas formas que estaba adoptando el capitalismo. Ante esta precariedad en las ideas, surgieron tendencias que sustituían la ideología por un tejido emocional. Se usaban actitudes sentimentales para pavimentar el camino hacia un futuro cada vez más borroso. Se comenzaron a exaltar los sentimientos nacionalistas, el odio a los países ricos, el amor por los pobres y el menosprecio por los empresarios y la clase media.

Estas inclinaciones emocionales crecieron acompañadas de un abandono de la idea de igualdad que retrocedió ante la defensa de las diferencias. En la izquierda se fue extendiendo la lucha por los derechos de toda clase de minorías (indígenas, de género, etc.). El derecho a la diferencia sustituyó al derecho a la igualdad. La igualdad a la que aspiraba el feminismo mutó en una exigencia de derechos como si las mujeres fuesen una minoría y no la mitad de la población. Se gestó lo que en inglés se llama el movimiento *woke*, que ha contribuido a expulsar a la izquierda hacia territorios sociales y políticos marginales.

El populismo recogió en sus redes las emociones de amor y odio, para tejer un programa sentimental al que se le añadió la exaltación nacionalista de las culturas indígenas, la de los antiguos y la de los restos que han sobrevivido a la devastación. El populismo encabezado por López Obrador se abrió camino hacia la derecha después de su fracaso electoral de 2006. El dirigente se percató de que, si quería llegar a la presidencia, debía orientarse hacia posiciones conservadoras para encabezar una reacción contra la transición democrática. Así, el populismo reaccionario inició un proceso de destrucción de la izquierda: la ha comprado, corrompido y marginado. La historia política de los dirigentes progresistas capturados y esterilizados por el populismo nos muestra ese mismo proceso de extinción. El ejemplo emblemático es el de la propia presidenta Claudia Sheinbaum, de cuyos orígenes izquierdistas apenas quedan algunos pocos remanentes que provienen más bien del viejo dogmatismo que teñía las dictaduras socialistas, como en la URSS y en Cuba.

La demolición de la izquierda auspiciada por López Obrador le ayudó a convencer a sectores del PRI y del empresariado de que no era el peligro para México que habían temido en 2006. A estos sectores no les importaba que se destruyera la democracia mientras sus intereses quedasen protegidos. López Obrador los convenció de que no albergaba ningún propósito anticapitalista y que lo que buscaba era esencialmente llegar al poder. En aras de esta ambición el obradorismo sacrificó a la izquierda.

El zombi de izquierda contra el imperialismo judicial

Sin embargo, los restos de la antigua izquierda que se mantienen en el gobierno y en Morena han inquietado a muchos, pues se cree que podrían ser el impulso hacia opciones más peligrosas al estilo de la Venezuela de Chávez y Maduro. Ciertamente, los rastros de la vieja izquierda dentro de Morena y del gobierno han contribuido a legitimar la inclinación autoritaria del régimen.

Incluso han impulsado expresiones de apoyo a gobiernos dictatoriales como los de Cuba y Nicaragua. Manifiestan una añoranza por el viejo socialismo despótico que imperó en la URSS y en Europa oriental, pero estos sectores de izquierda no tienen mucha importancia en la gestión cotidiana del poder, aunque han contribuido a perjudicar seriamente algunas áreas de la cultura y la educación, con los libros de texto gratuitos impregnados de un "humanismo mexicano" absurdo; o en la esfera de las publicaciones con el gran daño infligido a la editorial gubernamental (el FCE). Estos remanentes de la izquierda han ayudado a legitimar la idea de que la realidad política es una dicotomía que opone al pueblo bueno contra la élite. En consecuencia, a los adversarios políticos no se les ve como contendientes legítimos sino como enemigos a los que hay que destruir. El resultado es una tendencia que desprecia la tecnocracia gubernamental a la que se busca sustituir con cuadros leales y militantes. También se desprecian las esferas que han sido contrapesos ante el poder ejecutivo y se tiende a eliminarlas, someterlas o capturarlas. El corolario es la visión de que la prensa crítica representa al enemigo y es necesario controlarla, desacreditarla y acosarla. Como se puede comprender, nada de esto significa el advenimiento de alguna clase de régimen de carácter socialista, pues el populismo reaccionario imperante lo bloquea. Pero contribuye a abrir las puertas a las tendencias autocráticas.

En el seno de la izquierda en México ha ocurrido una curiosa mutación. El viejo leninismo que ilustraba la confrontación con "la última fase del capitalismo", el imperialismo, quedó expresado como un enfrentamiento de los intereses nacionales contra los apetitos invasores de Estados Unidos. Parecía obvio: la izquierda debía luchar contra el imperialismo estadounidense invasor en una gran alianza política con otras fuerzas. Se trataba de una lucha de "liberación nacional" similar a las emprendidas por los pueblos colonizados y sometidos al capitalismo imperial. Esta vieja y caduca idea ha sido reformulada por un zombi que, aun muerto, recorre los pasillos del Palacio Nacional. La presidenta Sheinbaum la interpreta a su manera para explicar la confrontación con el gobierno y la justicia de Estados Unidos que busca eliminar en su sociedad los efectos nefastos de narcotraficantes aliados a gobernantes y funcionarios mexicanos corruptos. Ahora se auspicia y se celebra la inversión de capital "imperialista" pero se rechaza la intromisión del gobierno estadounidense en las esferas nacionales de la colusión entre grupos criminales y políticos corruptos. Ahora se invoca la defensa de la "soberanía" contra una intervención que se denuncia como política y a la que impulsan unas misteriosas fuerzas de extrema derecha alojadas en el gobierno de Donald Trump y supuestamente bienvenidas por la oposición. Pretenden que se crea que el mexicano es un gobierno de izquierda enfrentado, para decirlo como una broma, al imperialismo judicial de la derecha trumpista. La confusión que están creando es inmensa. Los avatares de este enfrentamiento revelan que no hay aquí ninguna lucha entre una imaginaria izquierda de la 4T y la derecha del imperialismo judicial trumpiano, aunque así se ha querido presentar. Veamos los sucesos más recientes.

Ese imperialismo judicial lanzó una bomba el 28 de abril de 2026 que puso a temblar al gobierno de Sheinbaum: solicitó la extradición del gobernador sinaloense Rubén Rocha Moya, del senador de Morena Enrique Inzunza y de ocho personas más ligadas al gobierno de Sinaloa. Dos de ellas, de forma misteriosa, se entregaron voluntariamente: el general retirado que fue secretario de Seguridad Pública y el exsecretario de Administración y Finanzas. Todos ellos recibieron acusaciones de haberse aliado y trabajado con una fracción del cártel de Sinaloa. Con esto se hizo todavía más evidente el hecho de que el gobierno de López Obrador se había asociado con los narcotraficantes de Sinaloa, para que Rocha Moya ganase las elecciones para gobernador. El gobernador tuvo que pedir licencia y anduvo un tiempo más o menos oculto, lo mismo que el resto de los señalados.

Era sabido que los grupos de narcotraficantes habían apoyado a Rocha Moya cuando ganó las elecciones para gobernador en junio de 2021. Así que la acusación contra los políticos sinaloenses solicitando su extradición no extrañó a nadie. Sin embargo, la presidenta optó por la defensa de Rocha Moya y decidió envolverla en una exaltación de amor a la patria en un arranque de calentura nacionalista. En su mitin del domingo 31 de mayo de 2026 defendió la idea de que se trataba de una conspiración de sectores de extrema derecha en Estados Unidos que querían intervenir en las elecciones del próximo año. Al día siguiente la presidenta aclaró que no se refería al presidente Donald Trump, al que elogió. Fue todo un absurdo intento de disfrazar un sórdido problema criminal de políticos corruptos y presentarlo como una defensa de los intereses puros de la nación.

El grotesco ridículo

El ridículo aumentó cuando el 3 de junio el expresidente López Obrador, que obviamente se sintió acusado, saltó indignado a la palestra pública para apoyar a la presidenta y al mismo tiempo corregirla. Con ello envió el mensaje de que él es quien verdaderamente manda, al insinuar que Sheinbaum sola no podría enfrentar el reto. Además, aclaró que sí era el presidente Trump quien intervenía, un Trump que ya no era aquel con el que se había aliado durante su primera presidencia. Incluso recordó que Trump, a pedido suyo, había liberado al general Cienfuegos, preso en Estados Unidos por acusaciones de lavado de dinero y de nexos con narcotraficantes. Ahora había otro Trump, que había cambiado debido a

la influencia de "sus falsos amigos y consejeros internos y del exterior que lo han estado embarcando en viles y siniestras aventuras". En su carta AMLO desea que Trump vuelva a gobernar como antes "y que mande al carajo a las rémoras que lo rodean y azuzan, trátese de quien se trate, sean paleros, manipuladores, caciquillos, vividores, ladrones, polizontes, tinterillos, especuladores, filibusteros, potentados, trepadores o malvados". Con esta tonta retahíla de insultos termina el llamado de AMLO a defender a Sheinbaum. Al día siguiente la presidenta agradeció el apoyo, negó que pudiera tensar la relación con Estados Unidos y que ella mantiene una relación de respeto con el presidente Donald Trump.

En las filas del gobierno y del partido oficial ha cristalizado la ridícula teoría de que hay tanto en Estados Unidos como en México (y en otros lugares) una ultraderecha que está intentando intervenir en las elecciones de 2027 para frenar a la izquierda en el poder. Así, el Departamento de Justicia, la DEA o la CIA, con el pretexto de perseguir a los narcopolíticos de Sinaloa, se podrían convertir en el principal elector. El gobierno intentó detonar una lucha en defensa de la soberanía y tomó como objetivo denunciar a Maru Campos, la gobernadora panista de Chihuahua, como traidora a la patria por supuestamente haber tolerado la presencia de unos agentes de la CIA que al parecer ayudaron a desmantelar un narcolaboratorio. El contraste entre Rocha y Campos era evidentemente revelador: uno acusado de coludirse con los criminales y la otra tildada de colaborar con extranjeros para combatir a narcos. Esta cruzada patriotera fue tan desatinada que se desmoronó muy pronto.

El gobierno de Sheinbaum trató de ocultar el problema con una demagógica defensa de la soberanía. Pero la mayoría de la gente no parece preocuparse por la soberanía y está convencida de que Rocha es culpable (encuesta Enkoll para *El País* de fines de mayo de 2026). Pocos creen que la soberanía del país se encuentre en peligro y muchos saben que la verdadera amenaza viene de la colusión de gobernantes con los narcotraficantes. El gobierno procuró ganar tiempo y tapar el escándalo, pero un artículo del *New York Times* (27 de junio de 2026) reveló que hay funcionarios electos, entre ellos gobernadores y miembros del Congreso, que se han puesto en contacto con el gobierno de Trump para revelar información sobre otros políticos. Algunos de esos funcionarios pertenecen al partido oficial. Aparentemente hay algunos que temen ser investigados y se han adelantado discretamente a colaborar con la DEA. Al parecer dos gobernadores están bajo investigación, Alfonso Durazo de Sonora y Américo Villarreal de Tamaulipas, según había antes revelado el diario *Los Angeles Times*. La gobernadora morenista de Baja California sería el ejemplo de ello. Las tensiones en el seno de la clase política gobernante aumentaron notablemente.

Poco después el Departamento del Tesoro de Estados Unidos anunció que el robo de combustible (huachicol) realizado por el Cártel Jalisco Nueva Generación se estaba usando para financiar campañas electorales e imponer a políticos afines al crimen organizado y que la Unidad de Inteligencia Financiera colaboraba para documentar este ilícito. Se informó que el Departamento del Tesoro ya había sancionado a dos mexicanos y nueve empresas ligadas al robo y contrabando de combustible. Identificó a las personas y las empresas, pero no a los políticos implicados. Claudia Sheinbaum decidió temerariamente tratar de contrarrestar todo esto acusando al exembajador de Estados Unidos en México, Ken Salazar, de haber mentido y ocultado la participación de su gobierno en el secuestro del Mayo Zambada ocurrido el 25 de julio de 2024. En las memorias que acababa de publicar, Salazar afirmó que el presidente López Obrador estaba preocupado por lo que el Mayo Zambada pudiese delatar; eso había entendido de lo que le susurró un empresario cercano al régimen que el exembajador no identificó. La presidenta se puso insistente en acusar a Salazar de mentiroso y en exigir al gobierno de Estados Unidos explicaciones, pero se tuvo que callar cuando la Fiscalía General de la República reveló que había tenido en sus manos, durante seis meses y sin investigarlo, al piloto del avión con el que trasladaron al Mayo. La FGR lo había entregado a Estados Unidos en uno de esos envíos dudosos de presos que México hizo para complacer a Trump. Tuvo en sus manos a una de las tres personas que iban en el avión que se llevó al Mayo y fue incapaz de entender lo que había pasado. ¿Quién puede confiar en una fiscalía así? La presidenta hizo el ridículo.

El 16 de julio, en lo que parecía una venganza política y un intento de desviar la atención de las acusaciones del gobierno de Estados Unidos, fue arrestado Ernesto Ruffo, quien fuera el primer político de oposición en ganar una gubernatura en la era priista, la de Baja California en 1989. Lo acusaron de vínculos con el tráfico de huachicol y la delincuencia organizada, a consecuencia de una investigación que desde hace más de un año hacía la Fiscalía General de la República. Hubo otros siete detenidos y se informó de una lista de personas buscadas. Llama la atención que, justo en el momento en que la gobernadora de Baja California se vio implicada en una reunión con representantes del gobierno de Estados Unidos en la que ofreció filtrar información, detuvieron en forma espectacular a Ernesto Ruffo. Se supo que la fiscalía ya había intentado detener un mes antes a veintitrés supuestos implicados en esta red de huachicol fiscal, pero el juez se había negado porque las "inferencias" no estaban bien fundamentadas. En esa lista no estaba Ernesto Ruffo. Con precipitación, la FGR cambió de juez para pedir la captura de esas personas, pero ahora agregaron al exgobernador de Baja California. La nueva juez, que es una de las

elegidas mediante el famoso acordeón, giró rápidamente la orden de aprehensión. Con una fiscalía tan poco confiable y sometida al poder ejecutivo, las sospechas de que se trataba de una represión política crecieron enormemente. La increíble acusación contra un político de 74 años, que no trató de evadir la justicia y que no tiene antecedentes penales, fue poco convincente debido a que la empresa Ingemar (de la que es accionista) no vendía, compraba o transportaba combustible, sino solo hacía los trámites de aduana. No quedó claro cómo una empresa criminal tan gigantesca como la que dibuja la fiscalía pudo controlar las aduanas que están en manos del gobierno para contrabandear una enorme cantidad de combustible. El mismo día en que arrestaron a Ruffo la presidenta entró en una extraña franja de anormalidad cuando en Tulum regañó a un funcionario que había enfrentado protestas ordenándole: "Cuando la norma se pone por encima de la gente y el sentido común, está mal. No cumplas la norma. Eso es lo que te estoy diciendo." Sheinbaum dictaminó quebrantar las normas y poner el sentido común por encima de la ley. Fue una invitación a entrar en el espacio de la anormalidad jurídica. Acaso la fiscalía también hizo algo similar al encarcelar a Ruffo. El gobierno parecía querer frenar el escándalo de los diez de Sinaloa con un acto represivo. La confusión creció cuando el 6 de agosto la FGR aprehendió a un exgobernador de Guerrero, el perredista Ángel Aguirre, bajo acusaciones de haber ocultado, hace unos doce años, videos clave de la matanza de los 43 estudiantes en Iguala. ¿Tardaron doce años en enterarse de que el PRD, el partido al que pertenecía López Obrador, estaba implicado en la represión a los estudiantes de Ayotzinapa?

El antiimperialismo de Andy y la izquierda narcopolítica

Pero todo esto no logró detener la oleada de acusaciones e insinuaciones del gobierno de Estados Unidos contra políticos ligados al gobierno populista. El 13 de agosto de 2026 el hijo del expresidente López Obrador, conocido como "Andy", reveló en una carta pública un tanto extraviada dirigida al presidente Trump que le habían retirado su visa. Imitando la protesta que su padre había hecho contra las rémoras que impulsaban a Trump contra México, Andy identificó a esos malvados que le habían quitado la visa y señaló al secretario de Estado Marco Rubio y a su subsecretario Christopher Landau como los que, por impulsos politiqueros y propagandísticos "al estilo hitleriano", habían insinuado sin pruebas que él habría cometido algún acto inmoral o delictivo. En realidad, hacía tiempo que circulaban rumores en México de que el hijo del expresidente estaba relacionado con el huachicol fiscal. En la carta de Andy sigue una retahíla de acusaciones e insultos contra los funcionarios estadounidenses que han cometido la canallada, y que son jefes de pandillas anticomunistas que castigan a quienes no se alinean o someten a sus afanes autoritarios, facciosos, y a sus corruptelas. Después, como la zorra de la fábula, la de las uvas verdes, le explica a Trump que no le causa molestia no poder visitar un país que vive tiempos decadentes de odio, racismo, drogadicción, desintegración familiar, inconformidad social y tristeza. Acaba solicitando la destitución de Rubio y Landau como una muestra de que Trump es capaz de iniciar una nueva etapa. La presidenta Sheinbaum apoyó la ridiculez de esta carta.

Pero el siguiente incidente de esta saga de los acusados por Estados Unidos ya no tuvo el apoyo de la presidenta. El 21 de agosto el gobernador de Sinaloa, Rubén Rocha Moya, que estaba de licencia, decidió retomar las riendas del poder y se presentó sorpresivamente en el Palacio de Gobierno, donde se reunió con integrantes de su gabinete. Allí declaró: "Soy ajeno e inocente de las patrañas que se han urdido en mi contra para dañar al movimiento político de izquierda en el que milito." Dijo que gobernaría hasta terminar el periodo de su mandato. Todos los gobernadores del partido oficial y el coordinador del grupo de Morena en la Cámara de Diputados, Ricardo Monreal, anteriormente muy cercano al gobernador de Sinaloa, pidieron a Rocha Moya que reconsiderase su decisión. ¿Qué ocasionó este giro sorpresivo? Al parecer algo temió Rocha después de que un testigo del secuestro del Mayo Zambada acudió a una audiencia con un juez y habría confirmado que el gobernador había aceptado asistir para atraer al capo a una trampa. El gobernador lo negó y la Fiscalía de Sinaloa armó un engaño que simuló que la víctima en ese encuentro (Melesio Cuén) había muerto en un asalto en otro lugar. El montaje fue descubierto y ello puso a Rocha en una situación muy precaria. Como quiera que sea, el incidente reveló fracturas en el régimen.

Todo resultó ser un grotesco y ridículo trampantojo. La trampa aparentemente todavía no llega a su desenlace, porque, ante la amenaza del imperialismo judicial, el zombi izquierdista ha llevado la situación a una coyuntura muy peligrosa. El presidente de Estados Unidos puede decidir dar algunos golpes y provocar una crisis política en México. Pero Trump siente una afinidad política con Sheinbaum, pues no se deja engañar por el trampantojo y sabe muy bien que ella es de derecha como él. El peligro radica en que ni los suyos entienden a Trump y no es posible saber qué se le ocurrirá hacer mediante las armas del imperialismo judicial contra el zombi de la soberanía y sus políticos corruptos. Hoy en México, como en todo el mundo, la gran confrontación ya no es entre izquierdas y derechas sino entre democracias y autoritarismos. ~

ROGER BARTRA (Ciudad de México, 1942) es antropólogo, sociólogo e investigador emérito por la UNAM. Su libro más reciente es *El oficio de ser extranjero. Reflexiones sobre el viajar* (Anagrama, 2026).